

POR EL PUTUMAYO

Por: DARIO ROZO M.

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 63 - 64, Volumen XVII
Tercer y Cuarto Trimestres de 1959*

El valle de Sibundoy, antiguo Sebondoy, se muestra a los ojos del viajero como una miniatura de la Sabana de Bogotá; es su clima semejante aunque menos frío, y el nivelado plano de su fondo recuerda las dehesas del Funza; empero, lo que verde a en la lejanía no son pastales, son juncos y plantas acuáticas porque la mayor parte de la planicie es pantanosa; el asiento del pretérito lago aún no se ha desecado por completo como en el Valle de los Alcázares, porque el Putumayo, que es el Funza de Sibundoy, no ha podido todavía desgastar suficientemente la roca por donde se desbordaba bullicioso en busca de las tierras cálidas. Hay partes donde se congregan y medran las vacadas; y un caminillo angosto, empedrado todo para salvarlo del fango natural del terreno, serpentea por la linde entre la falda y el llano y une los caseríos de San Andrés, Santiago, Sucre, Sibundoy y San Francisco, como el hilo de un collar que al desgaire yaciera en el fondo de un estuche acolchado con verde terciopelo.

Divaga la imaginación hasta transportarse al través de la edad y contemplar la Sabana de ahora trescientos años cuando había encomenderos y aún los indios trajeaban a su propia usanza con poca influencia del vestido europeo impuesto por los Misioneros. Cuando en Sibundoy al acaso se encuentra el caminante con los naturales de allí, le esperan a la vera del camino, de frente, silenciosos y humillada la vista, desnudas las piernas y ataviada la cabeza con sólo un cerquillo de dúctil paja anudada atrás, la cual fija los cabellos, que caen hasta llegar al hombro; la cusma, hecha de lienzo burdo tejido a mano, no baja a la rodilla, pero la ruana, larga, blanca, con listas de colores vivos, baja hacia adelante y hacia atrás hasta abrigar la pantorrilla, y suelen arrebujarla con cierta natural elegancia, de modo que semeja una hierática toga; chaquiras de cuentas de vidrio les cubren las

musculosas gargantas. Usan las mujeres más largo el vestido, y en vez de ruana, mantellinas de colores ordinariamente rojos, apuntadas por delante; ellas, cuando están solas, no esperan al viajero que adelanta, sino que se apartan del camino y desvían por entre los jarales.

Aquella noche pernoctamos en casa de los misioneros, y departíamos con ellos sentados en un corredor que daba a la plaza, cuando vimos venir un grupo de indios que traía luces, se acercaron, alabaron a Dios y dieron cuenta al misionero de lo ocurrido en el día; inquirió él lo que necesitaba saber, ordenó lo conveniente y los despidió con amables maneras. Aquel grupo de humildes indígenas eran los del Cabildo, traían sus bastones correspondientes, los farolillos que llevaban eran de armazón de mimbres y cubiertos con transparentes membranas de vísceras de animales. Tenía aquello cierto aire japonés que hacía pensar en ancestrales costumbres quizá nacidas en un lejano país oriental.

Afirma la tradición que los indios de Sibundoy son descendientes de los que traía Hernán Pérez de Quesada cuando en enero de 1543 llegó a aquel valle después de su infructuosa correría en busca del Dorado y que, habiendo salido del país de los Muiscas, recorrió llanos y selvas surcados por tremebundos ríos de los que iban al entonces desconocido Amazonas. El doctor Miguel Triana no encuentra probable esto, y cree que si hubo alguna inmigración así debió estar constituida por indios tunebos¹. Es lo cierto que su idioma es distinto de los idiomas de las otras dos parcialidades indígenas que habitan el valle, los santiaguinos y los de San Andrés; y el nombre de uno de sus riachuelos, el sigüinchica, tiene sonoridades chibchas.

Después de cruzar las fuentes del Putumayo sigue el caminillo serpeando por las escarpas de la hoya del río Mocoa en busca de los terrenos bajos de las planadas que se extienden por millares de leguas hasta el dilatado Brasil. Aquel camino corta en algunas partes rocas de mármol, con mucha frecuencia atraviesa el torrente cristalino de multiplicados arroyuelos que bajan con ímpetu desde las cumbres; y en muchos trayectos, donde se deja invadir por la maleza, las corvas espinas de los zarzales que crecen con libertad en las orillas, agarran tenazmente los vestidos del viandante.

Las escasas chozas que hay levantadas al lado del sendero están construí das como las que hay en el camino de Barbacoas, sobre rústicos y gruesos estacones, con un piso elevado hecho de lata de guadua por cuyos anchos intersticios entra libremente el aire de la montaña, habiendo perdido muchas veces el aroma de la vegetación silvestre al pasar por sobre las pocilgas que están bajo el entarimado y en donde gruñen y chascan los cerdos durante las largas horas de la noche. Escucha el

¹ Este autor atribuye a Belalcázar la inmigración chibcha.

desvelado viajero el roncar de su mula atada muy cerca, el afanoso aleteo de alguna gallina que súbitamente pierde el equilibrio al adormilarse, o el claqueteo de agua que el hambreado perro produce entre las ollas del primitivo menaje cuya concavidad ahueca el monótono ruido. Al fin los variados cantos de las aves silvestres le anuncian el amanecer.

En los poblados que por allí hay son las casas de los misioneros las que dan hospedaje al caminante; ahí se le brinda techo y con él se parte la frugal comida.

De Mocoa, población de larga data, y hoy relativamente próspera, hacia el Oriente el terreno suaviza sus declives y comienzan a verse los ríos más abundantes en caudal de aguas.

Una débil navicilla nos recibió en Umbría, y sobre su yaripa -tarima de palos o guaduas abiertas para librar del agua que rezuma en el fondo- nos entregamos al río, sobre cuyas ondas, cada vez más extendidas y profundas, se hace el viaje bajo los rayos ardientes del sol ecuatorial; sólo de trecho en trecho los *chiparos*, de hojas como las del laurel, tienden las ramas verde oscuras horizontalmente muchos metros sobre las aguas del río, ofreciendo transparente techumbre y grata sombra; aquel era el Uchipayaco y por él llegamos al Putumayo. Este río, ancho, sosegado, a millares de leguas del mar, con sus riberas cubiertas de hispídos árboles, despierta como atávicos recuerdos de familiaridad con las cosas salvajes y bravías.

Puerto Asís queda en la margen izquierda; hay allí colonos que han descuajado la floresta y sembrado los árboles y las plantas útiles a la vida del hombre. La caña de azúcar, el arroz, que olea al impulso del viento, el cacao, que medra bajo la sombra protectora de árboles añosos respetados para darla; el humo del ingenio, las casucas alineadas en calles, la capilla con su ancha puerta, todo infunde bienhechora complacencia, porque es un punto de obra humana en aquella desolación de florestas inhabitables; un grupo halagüeño de vacas paca tranquilamente, descienden de unas pocas reses que, antes de haber camino bajo la selva, fueron traídas a nado por larguísimos trayectos a lo largo del río, durante días y días enteros, con padeceres sin cuento pero preconizando la virilidad del colombiano, digno hijo de los conquistadores españoles, y la abnegada decisión de los discípulos de San Francisco el Seráfico. Afortunadamente aquel hermoso río, por lo menos en esas regiones, no esconde caimanes, ni encubre los voraces caribes ni los pérfidos tembladores que tanto abundan en los afluentes del Orinoco.

Pasados pocos días, después de aprestar nuestras canoas, seguimos río abajo. Eran nuestros bogas indios sionas, fornidos y bronceados; tenían embijados los lampiños rostros, llevaban la cabeza

descubierta, recortado el cabello, suelta la ligera cusma que les sirve de vestido, y abundantemente cargada la garganta con inmensos sartaes de cuentas de vidrio, llamados chaquiras. En las chaquiras fincan los indios del Putumayo muchas de sus ambiciones; la cantidad de ellas habla de la valía del poseedor. Aquel inmenso número de sartas forma pesados dogales, que en ocasiones ha hecho perecer ahogados a quienes las llevan cuando con ellas han caído en agua algo profunda, porque su considerable peso atado al cuello les impide irremisiblemente poder sobre aguar.

En Yacoropuí fuimos recibidos cordialmente por los indios; casi todos nuestros tripulantes eran de allí; el pueblo se reduce a tres o cuatro grandes casas; son éstas de techos de dos vertientes empinadas y anchas que tocan casi el suelo; fórmenlas de hojas de cierta palmera primorosamente dispuestas; guaduas abiertas y extendidas cierran el contorno y subdividen el recinto. Una sola casa sirve para toda una casta; tienden las hamacas por grupos, cada uno en torno de un hogar, y de allí cerca del fuego, comiendo cada rato, conversando incesantemente y durmiendo muy poco, pasan la noche; de día cazan, pescan y duermen. Muy pocas son sus industrias; fabrican peines con duros y finos palillos que unen con cuerdas de colores que al ser entretejidas con los mismos palillos van formando dibujos de simétrica disposición y bonita apariencia; hacen zarcillos y arracadas con el metal de las monedas pequeñas de plata, formando laminillas delgadas y muy bien pulidas, generalmente triangulares; tejen esterillas, y con la dura *ñacúa* se aderezan sus chinchorros; fabrican sus flechas y las temibles *cucharas*, que son lanzas de madera, hecha la moharra de un trozo de tajante guadua y el asta de dura chonta.

Son los varones más dados a acicalarse y adornarse que las mujeres; al día siguiente de nuestro arribo, desde muy temprano, el cacique o gobernador se dejaba indolentemente ataviar por su mujer; él mismo ante un espejito de mano trazó sobre sus mejillas las simétricas espirales con el rojo achiote, cruzase la barbilla y la frente con rasgos de lo mismo, ornó de rayitas negras los labios, mascó las hojas de *guayacóo* para refrescar el tinte negro de los dientes, pasó por entre sus orejas plumas de vistosos colores; atravesó por las ventanillas de la dilatada nariz el *cuaiipué*, que es un pequeño canuto de cierta especie de bambú teñido de negro. Aumentó sus chaquiras; y colocase un largo collar de colmillos de fiera. En tanto su mujer le ungía pies y pantorrillas con cierta arcilla suave como un ungüento e iba pegando sobre ella motitas de blanco algodón hasta formar una rara clase de efímeros borceguíes que terminaban en abrazaderas pintadas con achiote a *pontsá*, como ellos dicen. Después le ató sobre los biceps y en las muñecas las *siitas*, que son largos flecos de dúctil paja con una que otra ramita de las que exhalan grato aroma.

Cuando estuvo emperejilado se presentó a nosotros para saludarnos; fueron después llegando otros indios ataviados; uno lucía atravesadas en la nariz dos plumas de papagayo a guisa de enormes bigotes, desde lo alto de las orejas le caían tupidos sartaes de sonoros cascabelitos hechos con el adecuado fruto de una palmera, caíanle aquellas sartas por delante y por detrás hasta muy abajo; otro lucía largas enhebraduras de corazas de escarabajos verdes, duras y gruesas, que tornasolaban al sol con visos esmeraldinos, rojizos y azulosos. Todos lucían sus *cajourós*, que son los canutillos para las orejas como el *cuaipué* lo es para la nariz. Las mujeres tenían sus gargantillas de mil colores, sobre grandes pañuelos que complementan el vestido, todas con las cabelleras cortadas, como ahora en las ciudades se usa, excepto las indias solteras, que lo llevan largo y destrenzado.

Son muy escasos y reducidos los cultivos de aquellos indios; siembran indefectiblemente y cerca de sus casas las plantas de achiote o pontsá con que han de pintarse los rostros, en los que no ha de verse ni pestañas, ni cejas, ni pelo de barba; con tal fin se los arrancan con torzales de una fibra elástica y durísima, que extraen de la palma de *iarina*, la misma tagua blanca. Pescan y cazan con maestría: para cazar no persiguen la pieza, sino que la acechan durante horas y aun días enteros, agazapados en silencio e inmovilidad bajo los matorrales umbrosos; en estas excursiones de cacería, que duran por muchos días, suelen llevar consigo a su mujer y a los pequeñuelos.

En lengua siona el Putumayo recibe el nombre *Canteuyá*, pronunciando el diptongo *eu* a la francesa. Es idioma armonioso; sólo pudimos apuntar de él una que otra palabra:

Pocayá, significa blanca-agua.

Ñanga, adorno.

Ñañay, significa bonito.

Siroma, perro.

Sañú, vámonos!

Sayá, adiós.

Jamarú, cuidado, en guardia!

Uagra, vaca.

El término *buaje* indica gente, ser humano, y entra en la composición de sus apellidos; así, nuestros compañeros de viaje indios se llamaban Ceferino Huitohuaje, Cipriano Manihuaje, Arsenio Yarihuaje, Agustín Payahuaje, Belisario Curantro y Arsenio Sensihuaje; los otros componentes son generalmente nombres de animales y plantas; así buito, designa cierta palmera que los blancos llaman Chontaduro;

maní, quiere decir pez; *yari*, es tigre; *paya*, chichico (cierto animal) ; *curantro*, gallina; *sensi*, puerco salvaje.

Los indios que viven en esta región del Putumayo se denominan con el nombre común de sionas; más abajo están los huitotos, de costumbres semejantes pero más retraídos al trato con los blancos; en la parte alta habitan indios sin duda de procedencia peruana, porque hablan el inga o quichua.

Pasmosa es por aquellas regiones la vida de los vegetales; su sombra guarda la humedad; palmeras de mil formas entrelazan sus penachos con las ramas altísimas y frondosas de sorprendente variedad de árboles; allí el preciado caucho del Amazonas, el rico balatá; el güito, cuyo zumo limpia el cabello exquisitamente, haciendo que al siguiente día parezca teñido de negro; el chircaspi (palabra Inga), cuya corteza en infusión produce frío a poco rato de beberla y sirve para combatir la fiebre con más rápida eficacia que la quina; ignoramos si es el mismo piupíu de que habla el doctor Miguel Triana; el conocido yajé, que es un bejuco cuya cocción hace ver encantadoras visiones; el yoco, otro vegetal de amarguísimo sabor, usado por los indios como correctivo estomacal; el ñacúa, especie de palmicha que utilizan para torcer cuerdas y tejer hamacas y para hacer sus siitás; el eóo, de donde extraen el curare y mil plantas más de enojosa enumeración. Uyé es cierta uva de un solo huesillo, parecida a la camarona; el cansí es el fruto de cierta palmera cuya corteza al hervirla produce una especie de leche con gusto de aguacate; la saja es el fruto, parecido a la uva, producido por un árbol enorme.

Hablar de un viaje al Putumayo y no mencionar la obra de las misiones sería cosa verdaderamente extraña, por cuanto es la única que vincula esas tierras yesos compatriotas a nuestras tierras y a nuestra sociedad; ella va haciendo benéfica luz en la mente de las generaciones incipientes que han nacido de aquellas congregaciones de indios. En las poblaciones que han fundado los misioneros hay escuelas para los naturales: las de mujeres están a cargo de abnegadas religiosas, la mayor parte venidas desde las cómodas ciudades de Europa. Los capuchinos educan con igual celo y entusiasmo, teniendo a su cuidado principalmente a los varones. Las casas en que se hace esta educación son como internados donde viven los indiecitos cuyos padres habitan todos en puntos lejanos donde se reúne la tribu; en esos colegios reciben educación doméstica, intelectual y agrícola. Llor a esos luchadores que aún poseen el espíritu de aquel que llamaba hermano al lobo.

